

GLOBALIZACIÓN Y MEDIO AMBIENTE: DE LA POLIFONÍA A LA MONODIA (Fragmentos para leer en voz alta y acompañada)

(por Chusa Lamarca Lapuente, de Ecologistas en Acción)

Si alguien nos hubiera contado hace más de 30 años una historia absurda arguyendo que era posible privatizar el aire y al agua, nos hubiéramos reído a mandíbula batiente con tamaño disparate, ¡y cómo no carcajearse imaginando que era posible la compraventa de contaminación a la atmósfera! Pero como afirma el dicho, la realidad siempre supera a la ficción y hoy ni siquiera nos hubiéramos extrañado de que Gregorio Samsa, el viajante de comercio metamorfoseado en insecto por Kafka, no fuera un personaje de ficción, sino el resultado de una patente.

La naturaleza tiene horror al vacío, no para de crear, brotar, hacer surgir; pero la globalización capitalista no cesa de destruir, extorsionar, eliminar, hacer escaso lo fecundo.

La naturaleza mezcla, hace de lo diverso lo profuso; pero el capitalismo homogeniza, simplifica, despoja lo plural y lo hace uno: monocultura, monocultivo, monolingüismo, monopolio privado, pensamiento único, moneda única, mercado único, único sistema.

La naturaleza es el mundo de todo lo posible, el capitalismo el reino de lo único factible.

Adivinen que hay detrás de todo, ACECHA EL BENEFICIO.

200 billones de estrellas tiene la Vía Láctea, en donde la Tierra es una anciana joven de 4.500 millones de años. Apenas 3.500 millones tiene la vida. El capitalismo, ese brevísimo suspiro geológico ya arrastra tras de sí una estela de daño y destrucción.

La globalización capitalista tiene por brújula una aguja imantada que siempre marca la misma dirección: la rentabilidad magnética, el Norte beneficio.

La globalización capitalista quiere plegar el tapiz de la vida, para colocarlo en los estantes de un bazar y mercaderarlo al mejor postor. Y a medida que destruye la casa de la vida, pone en su lugar una morada de paredes de plástico y suelos de acero y hormigón. INSERTE MONEDA.

El planeta azul muestra profundas cicatrices de asfalto, padece asma, tiene sequedad de piel, las tuercas oxidadas, el pulso acelerado y la temperatura general alterada. No es un enfermo imaginario, sino la imaginada criatura de un tal doctor Frankenstein. El capitalismo es un método de cirugía plástica que no sólo deforma las facciones de la vida, sino que con 4 ó 5 intervenciones rápidas se cree capaz de urdir su propia criatura a imagen, semejanza y perfección de la vida.

Lo que llaman progreso, ese abandono de la sabiduría y ese camino ineluctable hacia la ciencia excelsa y la técnica perfectas, ha abortado una criatura que expectora humos negros, tose lluvia ácida, evacua océanos de aguas fecales, excreta gases incesantemente, saliva violencia y... come humanos. Aunque eso sí, monta zoológicos y parques temáticos, ofrece conciertos de solidaridad, recicla las botellas y pone filtros sobre miles de armatostes de tropecientos caballos.

La globalización capitalista es una gran amenaza para las personas y los ecosistemas. El capitalismo debería ser encerrado en un frasco con una etiqueta que indicara: Veneno, NO TOCAR, porque se trata de un sistema tóxico para todas las formas de vida que habitan esta Tierra.

Mientras las injusticias se envuelven en periódicos ensangrentados y las desigualdades se envasan al vacío, los televisores crean la realidad con sus imágenes edulcoradas y caramelos publicitarios.

Las bolsas suben, las bolsas bajan.

Los niños mueren de diarrea.

Las mujeres siguen bregando con el trabajo sucio porque se esconde un talibán en cualquier casa.

Miles de seres vagan hacia la nada, sin saber cómo, ni por qué, ni quiénes los desplazan.

Un inmigrante se agacha y se doblega en un invernadero.

Se hormonan pollos en una granja.

Las transnacionales se dan el gran festín.

Y un ministro de cualquier gobierno jura servir a la patria.

La palabra globalización oculta y disimula otras muchas palabras, otras muchas voces debajo de la voz única: explotación, apropiación, dominio. Que el capital campe a sus anchas.

Igual que modernización enmascara el término eliminación, tú ya no sirves, el ciclo natural es obsoleto. Que reine la Eficacia.

Mercado de trabajo es sinónimo de seres humanos renovables, individuos sin rostro para usar y tirar. Piezas intercambiables.

Flexibilidad significa que no esperes futuro porque toda tu vida la mueven con un hilo.

Desregulación viene a decir fuera las normas, que las reglas las impongan quienes tengan la sartén por el mango.

Privatización significa una expropiación legal de lo comunitario.

Inversión suele ser sinónimo de especulación.

Y libre mercado -o mejor sería decir mercado privado-, es en realidad una sociedad anónima y secreta para que Alí Baba y sus 40 brokers, con un abracadabra electrónico, se hagan con todas las fichas del casino.

¿Qué se puede decir de un sistema que se ve obligado a poner un “Stop Codicia” en ciertas zonas y así crear unos cuantos reductos que llaman Reservas de la Biosfera? Así, como lo oyen, como si ya nos hubiéramos salido de ella.

¿Qué podemos esperar de un orden social en el cual algunas ONGs de derechos humanos se han visto obligadas a comprar esclavos para librarlos de la esclavitud?

Los refugiados viajan hacinados y hambrientos en un barco sin puerto. Estamos en el año 2001, y a esto se referían con aquella Odisea en el espacio. No es la insurrección de las máquinas, sino la pugna de humanos contra humanos.

¿Qué opinar de un sistema que arroja misiles y bombas de racimo con la mano derecha y con la izquierda escupe crema de cacahuete humanitaria?

Los que van a nacer no saben si los dados caerán del lado del hambre o del de la anorexia.

¿Qué importa si avivamos la sequía? Podemos cambiar el curso de los ríos y erigir presas como soberbios faraones hidráulicos. Sembrar donde no hay agua y urbanizar el último pedacito de playa. Urge un Plan Hidrológico que abra la veda al trapicheo de la construcción y la especulación del agua.

¿Y qué pensar del protocolo de Kioto que establece que la única manera de no contaminar es dirigirse al mercado y comprar los derechos de emisión de aire sucio para retirarlos de la circulación? Dicen que de

esta forma los ecologistas podremos poner en práctica nuestras obsesiones y contribuir así a evitar el cambio climático.

Y ¿por qué no organizar otra Cumbre de la Tierra mediática? Río, Río+5, Río+10, Río y otros 20 años perdidos. Celebremos solidariamente juntos, gobiernos, empresas y oenegés la destrucción sostenible. Busquemos soluciones de mercado para resolver los problemas que el propio mercado ha creado.

Cosas veredes, amigo Sancho. ¿Cómo hemos llegado a tal absurdo, a sacar las cosas tan de quicio? ¿No hemos superado todavía los límites del sentido común y de lo razonable?

¿No es bastante tanta barbarie y tanto escándalo, tanta sofisticación para la ineptitud? ¿Aún no hemos alcanzado el límite de todo lo aberrante y lo risible?

El esperpento de este orden social y económico rozaría lo hilarante y bufonesco si no fuera porque hay víctimas reales, seres de carne y hueso detrás de tanto absurdo y si no fuera porque muchos de los problemas ambientales no tienen retroceso.

La enfebrecida y acelerada actividad humana nos impide oír el sonido de las respiraciones, de la vida que fluye y se desliza.

El aire enrarecido del mercado no permite oler las estaciones, el barro que se moldea con la lluvia o el tiempo que se detiene en una fresa cuando se forma la tormenta y estalla.

El ojo humano ciego a la multiplicidad de formas de vida, las gamas y colores, el movimiento autónomo y armónico de los ecosistemas.

El martilleo de la gran máquina ensordece la música de la vida y el rumor de la verdadera humanidad, los acordes de las distintas lenguas, los ecos de las voces diversas más allá del latín anglófono y los dictados del imperio de la guerra.

Es imposible tocar la humanidad del otro.

Y el tintineo de la timba planetaria, como la flauta de Hamelin, nos arrastra a ignorar el verdadero precio de las cosas.

La razón instrumental que acecha el lucro, ahoga los sentidos negándolos a la comprensión de la fragilidad de nuestra atmósfera, a los límites de nuestra biosfera, al insólito milagro de la vida y a los goznes que nos fijan a la tierra, a todo aquello de lo que hoy quieren desprenderse la estupidez y la ambición humanas.

El capitalismo ha convertido a la naturaleza y los seres humanos en máquinas expendedoras de monedas al servicio de unos cuantos propietarios.

Para tener un techo, INSERTE MONEDA.

Para comer, INSERTE MONEDA.

En caso de enfermedad, INSERTE MONEDA.

Cuando esté en el ataúd, INSERTE UNA ÚLTIMA MONEDA.

Para gozar, INSERTE MONEDA.

Para opinar, INSERTE MONEDA.

Para poder vivir, INSERTE MONEDA.

INSERTE MONEDA para amar.

Las universidades de económicas, los gestores, los políticos y sus maestros gurús -los Chicago boys y los de Davos-, no cesan de repetirnos la prodigiosa historia del Rey Midas. Pero han censurado el final de la fábula dejándola sin moraleja y sin moral.

La falacia global es que no hace falta insertar una moneda para hacer realidad los sueños, hay muchísimas mentes y muchísimas manos en el mundo para darles forma. Si como dijo el poeta, el ser humano es un mendigo cuando reflexiona y un dios cuando sueña, soñemos lo necesario y lo posible. Soñemos la destrucción de un despropósito y la reconstrucción de un universo justo.

Decía María Zambrano que “La democracia es la sociedad en la cual no sólo es posible, sino exigido, ser persona”. Por el contrario, nuestras democracias de mercado persiguen la destrucción de las personas. Son fábricas de autómatas acríticos, rebaños inconscientes, súbditos útiles para la maquinaria, productores y consumidores pasivos. Individuos aislados, despojados de cualquier signo humano. Alimañas que luchan unas contra otras en la selva social de la competitividad.

El mundo que defiende la globalización, un mundo que da más importancia al ciclo del dinero que al ciclo de la vida, es un mundo violento, injusto e inhumano.

Llevamos demasiados años de Historia impregnados de pólvora y con el color del dinero como enseña. Las revoluciones no se logran con la sangre y el terror o con un cheque en blanco, con eso sólo se consiguen las tiranías. Las verdaderas revoluciones se conquistan echando abajo viejos mitos, echando a un lado el miedo, la parálisis y levantando una nueva concepción del mundo.

Para ello no hace falta el dinero, no es preciso que crezca el PIB o que se hunda Wall Street, no hace falta insertar una moneda para hacer realidad los sueños.

Que toda la vida es sueño y todo es posible mientras respiremos.

OTRO MUNDO ES POSIBLE